

La teoría del conocimiento del materialismo dialéctico (1963)*

Ignacio Martín-Baró

Introducción

Cuando se habla del materialismo dialéctico, se suele hacer especial hincapié en la exterioridad, en lo que – aparece, en los rostros firmes de un Lenin, un Mao-Tse-Tung o un Kruschef. Son muchos los que se atreven a opinar sobre la lucha de clases, sobre el totalitarismo estatal, o sobre la economía dirigida. Todo eso está bien. Es necesario. Pero si nos quedamos meramente en ese nivel, si no vamos más allá del plano de la lucha inminente, casi me atrevería a decir que estamos perdiendo el tiempo. Estamos rezando una vez más el rosario de las negaciones, los misterios dolorosos del “no” repetido incansablemente. Y eso, en mi opinión, es triste. Más aún. Es peligroso.

Tenemos que dar un paso adelante. A Dios gracias ya contamos con profundos estudios que han opuesto a la doctrina errónea la doctrina verdadera. Nosotros, hoy, no haremos sino procurar marchar en esa misma dirección. Quiero decir, que vamos a tratar de profundizar en la posición del contrario, bucear en su interior. Hay que buscar, al menos, un punto de contacto y, desde las raíces, separar el trigo de la cizaña.

El materialismo dialéctico es una doctrina filosófica. Por favor, no la desvaloricemos antes de conocerla. Tenemos la verdad, de acuerdo. Pero eso no nos da derecho a cerrar los ojos a los diversos puntos de vista, a los diversos enfoques. De hecho, cada enfoque yo diría que tiene su verdad. Y esa verdad o, si prefieren, esa parte de verdad, hay que integrarla en la gran corriente filosófica cristiana. Hay que incorporar los nuevos problemas a nuestro haz humano y divino, y, en cuanto sea posible, también las diversas soluciones que vayan surgiendo.

Pero entremos en materia. El punto con que hoy nos vamos a enfrentar es serio. Casi diría, es transcendental. Es el seno mismo del materialismo dialéctico, como lo es de toda filosofía que se precie de algo: la teoría del conocimiento. Engels (1934) lo afirma claramente: “La gran

* Texto preparado por Martín-Baró, durante sus estudios para obtener el grado de bachiller en Filosofía, para una presentación pública en la Pontificia Universidad Católica Javeriana en Bogotá, en 1963.

tesis básica de toda filosofía, especialmente de la moderna, es la que toca las relaciones del pensamiento con el ser” (p. 30).

Pero, qué es el ser, qué es el ente? De la respuesta que demos a esta pregunta dependerá el derrotero que hayamos de seguir. El ente es una cima y, lanzados al abismo, no podremos cambiar de dirección.

El ente, el ese y la materia

Nuestra posición es clara: ente es lo que es. Perdónenme, pero no he dicho ni una tautología, ni una perogrullada. El ente es como la floración del ser, del “ese”. Algo es, en tanto en cuanto participa del “ese”, en cuanto tiene en sí “ese”. Decimos simplemente: esto es. He ahí al ente. Y hé ahí nuestra posición.

Cuál es la postura del materialismo dialéctico? Sencillamente, el ser es la materia: la única realidad, lo único que es, es la materia sensible o lo producido por ella.

Ya sé que los modernos filósofos marxistas distinguen entre realidades materiales y realidades espirituales (ver, por ejemplo: Konstantinov, 1960). Pero, en buena lógica, hay que concluir que no es sino cuestión de palabras pues – dicen – lo que no es materia es un producto de ella.

Con lo cual, ya hemos satado de la cima del ser. Nuestros caminos se han bifurcado para el materialista dialéctico, el espíritu no es ser, puesto que espíritu no es sino pensamiento y conciencia. Y, en palabras de Engels (cit. Por Lenin, 1948, p. 86) “el pensar y la conciencia son productos del cerebro humano”. Nos encontramos ante la objetivización del sensualismo: sólo existe lo que se percibe por medio de los sentidos. Consiguientemente, no hay otro ser más que el ser material. El círculo está herméticamente cerrado. Salimos de la materia y, cuando creíamos podernos elevar a algo superior, nos hemos vuelto a chocar con ella. La materia lo es todo. Por eso, ser y materia se identifican. Este es un realismo, ciertamente, pero un realismo en pugna, no ya con todo filósofo escolástico, sino incluso con todo filósofo meramente espiritualista.

Materialismo e idealismo

Ahora comprendemos perfectamente la disyuntiva total que se plantea el mundo marxista: o se concede la prioridad a la naturaleza sobre el espíritu, y entonces se es materialista, o la prioridad se le otorga al espíritu, en cuyo caso se es idealista. Pues si el espíritu es lo primario – dicen ellos – la materia es una producción suya, es decir, una apariencia, algo subjetivo, puro idealismo. Pero si lo primario es la materia, entonces el espíritu no es sino su máximo producto, pero producto a fin de cuentas, y,

consiguientemente, materia. Como dice Lenin (1948, p. 47): “La materia es lo primario. La sensación, el pensamiento, la conciencia es el producto supremo de la materia organizada de un modo especial”

Ahora bien. Sin entrar en disquisiciones de mayor monta, nos atreveríamos a plantear una pregunta: ¿según el materialismo dialéctico, el realismo tomista es un idealismo? No hagamos problema de las palabras. “Realismo” viene etimológicamente de “res”, cosa. Pero, fundamentalmente, cuando decimos “real” expresamos aquello que tiene ESSE, aquello que participa del ESSE. Y si, como es fácil, podemos demostrar que hay seres reales que no son materia, que son – por así decirlo – participaciones espirituales del ESSE, entonces nuestro realismo es verdadero, es objetivo. Estamos lejos de toda sombra de idealismo.

Añadamos con Lotz (1962) que, en la filosofía escolástica,

la persona es el más perfecto entre todos los entes, el único en el que la naturaleza de ser (la *natura essendi*) se manifiesta plenamente y por quien se miden todos los demás entes. Por eso, la filosofía escolástica, en sentido genuino y perfecto, concibe personalísticamente el mismo ser (el *ipsum esse*) y de ninguna manera es una filosofía de sólo las cosas (p. 311).

No perdamos de vista esta separación básica, fundamental, entre el materialismo y la escolástica. La teoría del conocimiento del materialismo dialéctico, por más lógica que nos pueda parecer, parte de un postulado falso. Su paralelismo con nuestra doctrina es el paralelismo de dos rieles rectos: uno falso, el otro verdadero. Nunca, pues, materialismo y escolástica estarán de acuerdo. Tengámoslo presente a lo largo de todo este trabajo, pues a partir de este momento nos vamos a colocar en la posición del materialismo dialéctico para tratar de comprender su teoría del conocimiento.

Nuestra exposición seguirá los siguientes pasos:

1. Sujeto y objeto en el conocimiento, respondiendo a la doble pregunta: ¿Quién conoce? ¿Qué es lo que conoce?
2. El acto mismo cognoscitivo, es decir, la respuesta a la pregunta: ¿Cómo se conoce?
3. Problema de la verdad. ¿Es verdadero ese conocimiento adquirido? Y
4. La praxis como prueba de la verdad del conocimiento.

Ante nosotros se encuentra un tal señor Ruskikov. Se lo presentaré en dos palabras. Ruskikov es un hombre de unos cuarenta años, de aspecto cuadrado, filósofo materialista. Atención, porque el señor Ruskikov va a conocer. Nosotros nos vamos a limitar a desenhebrar la madeja de su acto cognoscitivo como con cámara lenta en una pantalla panorámica.

Sujeto y objeto en el conocimiento

Primer estadio: el señor Ruskikov a un lado. Al otro, independientemente de él, un vaso de vodka. El señor Ruskikov va a conocer un vaso de vodka. Ahora bien. El señor Ruskikov no es el vaso de vodka, ni viceversa. El vaso de vodka está aquí, fuera del señor Ruskikov, con una existencia real, como quien dice, viviendo su vida, siguiendo su camino. Es “vaso de vodka” lo conozca o no el señor Ruskikov.

Detengámonos un poco más en este punto, pues es de gran importancia. El materialismo dialéctico reconoce la existencia de seres por supuesto, seres materiales – independientes de nuestro conocimiento. Es un postulado básico, sin el cual no se podría dar un paso. En palabras de Lenin (1948): “El principio fundamental del materialismo es el reconocimiento del mundo externo, la existencia de las cosas fuera de nuestra mente, independientes de ella”. Ahora bien, no perdamos de vista que para el materialismo todo ser no es sino materia. Lástima, porque si no, habríamos podido conocer juntos el señor Ruskikov y yo. Quiero decir, que la escolástica también reconoce la existencia de los seres independientemente de nuestro conocimiento. Y digo también la escolástica, aunque sería más correcto invertir los términos y decir: también el materialismo... De hecho, nosotros tenemos conciencia de un campo de conocimiento mucho más amplio. Para nosotros todo ser, en cuanto ser, es cognoscible – como dice Santo Tomás (*Summa Theologica*, I, q. 54, art. 4,c), “inteligible en potencia”, pero, por decirlo así, su realidad, su existir, es indiferente a que lo conozcamos o no. Y ser, ya lo hemos visto, no es igual a materia.

Acto cognoscitivo – sensación

Pero volvamos a nuestro señor Ruskikov. Al pobre lo hemos dejado separado, independiente del vaso de vodka, al que, por lo visto, quiere conocer. Hasta ahora, la cámara lenta nos ha mostrado la materialidad del vaso y su independencia total del sujeto cognoscente. Pasemos ya al segundo estado.

El señor Ruskikov, se acerca al vaso de vodka. El señor Ruskikov, recordémoslo, es un hombre y, como tal, tiene sentidos: vista, tacto, olfato, etc. El señor Ruskikov ve el vaso, ve, sobre todo, el líquido blanco contenido en él. El señor Ruskikov toca el vaso, el señor Ruskikov huele el licor. Es decir, el señor Ruskikov está sensando ese vaso de vodka, objeto de su conocimiento. Ahora bien, “para todo materialista, la sensación es el vínculo directo de la conciencia con el mundo exterior, es la transformación de la energía de la excitación en un hecho de conciencia” (Lenin, 1948, p. 42). Es decir, lo que era antes un vaso de vodka “en sí” es ahora un vaso de vodka “para el señor Ruskikov”. En otras palabras, el señor Ruskikov ha conocido el vaso de vodka. Tiene de él una copia, una

fotografía, un reflejo que le dan sus sensaciones. Y sensación, repitámoslo una vez más, es para todo materialista una imagen del mundo exterior que existe en nosotros, una “imagen especular” de la realidad.

Resumamos: “Según el materialismo dialéctico no es la realidad en su ser en sí misma lo que nos es dado inmediatamente en la sensación (...), sino su imagen en la conciencia” (De Vries, 1960, p. 22).

Hasta aquí, el conocimiento sensible. Ahora bien,

la percepción sensible, viva, nos da un conocimiento concreto del objeto, ya que lo capta en toda la diversidad de sus propiedades y aspectos. Pero el conocimiento concreto-sensible no pone al descubierto la esencia del objeto, razón por la cual el proceso cognoscitivo se eleva desde esta fase concreta-sensible al dominio de las abstracciones. Sin embargo, la formación de éstas no pone fin a dicho proceso; se hace necesario alcanzar un conocimiento concreto, multifacético. Y nuevamente la ciencia se eleva desde ciertas abstracciones aisladas a lo concreto. Pero esto no significa una vuelta a lo concreto-sensible, sino una reproducción de lo concreto en el pensamiento, que es la forma superior de conocimiento (Konstantinov, 1962, p. 302-303).

Es decir, las sensaciones excitan el cerebro humano que produce el pensamiento.

La esencia del pensamiento teórico estriba en elevarse al conocimiento de lo universal en los fenómenos (...) El pensamiento refleja la realidad en forma de abstracciones, es decir, prescindiendo de los aspectos singulares del objeto. El pensamiento deja a un lado las representaciones inmediatas del objeto para destacar en él lo fundamental y esencial (Konstantinov, 1962, p. 301).

¿Cuál es esta esencia que se obtiene por la abstracción? Aquí empieza la confusión entre los diversos autores. La conclusión que se saca es que el materialista reduce esa esencia a una nota o serie de notas empíricas comunes. “Las abstracciones” dice Konstantinov (1962) “surgen como síntesis de los datos de los sentidos” (p. 305).

La escasez de tiempo nos impide seguir profundizando en temas de tanta importancia como son los que aquí se tocan: concepto, abstracción, universales... Digamos, simplemente, que estos puntos son una pequeña base de contacto con la escolástica. Es un dicho conocido: “*Nihil est in intellectu quod prius non fuerit in sensu*”. Hay, también, cierto paralelismo aparente entre nuestra abstracción y la del materialismo dialéctico. Sin embargo, en conjunto, la bifurcación es total.

EL materialismo permanece en la materia, puesto que, para él, el pensamiento y la conciencia no son sino productos del cerebro, los productos más elevados si se quiere, pero al fin y al cabo, materia.

Es decir, el acto del conocimiento, según el materialismo dialéctico, sería, llevado a sus últimas consecuencias, un mero movimiento de células encefálicas bajo la excitación de las sensaciones.

Esto es algo inadmisibles para nosotros puesto que implica la negación de un alma o mente espiritual. No es el momento, ni nos toca a nosotros demostrar ahora la existencia de un alma en el hombre. Simplemente señalamos la separación del materialismo y la escolástica. Es un punto clave de divergencia y que no podemos ignorar.

Engels (citado en Lenin, 1948, p. 52), con palabras claras, señala su posición: “Si alguien sigue preguntando qué son el pensamiento y la conciencia, y de dónde se originan, se descubre que son productos del cerebro humano”. Y, continúa Lenin (1948, p. 52): “Se demuestra que la existencia de la mente depende de la del cuerpo, puesto que la mente es secundaria, una función del cerebro, o un reflejo del mundo externo”. En pocas palabras, el pensamiento es un producto del cerebro y su material de trabajo está tomado del mundo exterior. Y si la escolástica también afirma que el material de trabajo esté tomado en parte del mundo exterior, en ninguna manera admite que el pensamiento sea un producto del cerebro.

Verdad del conocimiento

Nuestro señor Ruskikov ya conoce su vaso de vodka. Tiene de él una copia, una imagen especular. Pero, no crean ustedes que el señor Ruskikov es un ingenuo. Ha adquirido un conocimiento, pero, ¿es verdadero ese conocimiento? El señor Ruskikov se está planteando el gran problema de la verdad. Se lo está planteando como lo hizo Engels en su tesis sobre Feuerbach (citado por Lenin, 1948, p. 107):

¿Qué relación guardan nuestros pensamientos acerca del mundo que nos rodea con este mismo mundo? ¿Es nuestro pensamiento capaz de conocer el mundo real; podemos nosotros, en nuestras ideas y conceptos acerca del mundo real, formarnos una imagen exacta de la realidad?

Descanse el señor Ruskikov. La respuesta es afirmativa. Será posible que conozca su vaso de vodka. Para el materialista dialéctico hay verdad y, por supuesto, esta verdad es objetiva. “La expresión ‘verdad objetiva’ del pensamiento” – dice Lenin (1948, p. 107) – “significa no otra cosa que la existencia de los objetos reflejados verdaderamente por el pensamiento”.

El vaso de vodka, cuya imagen tiene el señor Ruskikov existe en la realidad. Supuesto que este conocimiento sea verdadero, que es lo que nos

tendrá que demostrar nuestro amigo. Pero no nos anticipemos. Detengámonos un poco en este terreno de la verdad.

Es notoria la semejanza de su concepto con el nuestro. Recordémoslo, para nosotros verdad es la conformidad de la mente con la cosa conocida, en cuanto el entendimiento dice ser (ese) lo que es, o no ser lo que no es. Sin embargo,

con una falsa interpretación de dos textos del *De veritate* intenta demostrar un autor materialista, Schaff, que Santo Tomás entiende la definición de verdad en sentido idealista. Según él, Santo Tomás concibe la igualdad del pensamiento con la realidad ‘no propiamente como relación del pensamiento respecto a la realidad objetiva, sino como su relación respecto al entendimiento divino, cuya imagen especular son las cosas’; y esto es idealismo, que niega la verdad objetiva. Piensa, sin duda, que para Santo Tomás las ideas de la cosa en la mente divina ocupa el lugar de la cosa real (De Vries, 1960, p. 10-11).

Para cualquiera que conozca un poco a Santo Tomás aparece claramente lo absurdo de esta interpretación.

Verdad relativa y verdad absoluta

Pero sigamos estudiando el problema de la verdad en el materialismo dialéctico. Es cierto que, para el materialista, existe una verdad objetiva. Y, en cuanto tal, independiente del sujeto, del hombre y de la humanidad. Ahora bien, un enfoque distinto es lo relativo y absoluto de la verdad. “¿Pueden” –se pregunta Lenin (1948, p. 129)– “las representaciones humanas que expresan la verdad objetiva, expresarle de una vez, por entero, incondicional, absolutamente, o sólo de un modo aproximado, relativo? (...) Es la cuestión de la correlación entre la verdad absoluta y la verdad relativa”.

“El pensamiento humano – responde más adelante – por su naturaleza, es capaz de darnos y nos da en efecto la verdad absoluta, que resulta de la suma de verdades relativas” (Lenin, 1948, p. 129). “Podemos” – dice Dietzgen (citado por Lenin, 1948, p. 145) – “ver, oír, oler, tocar e indudablemente también conocer la verdad absoluta, pero ésta no entra por entero en el conocimiento”.

Se habla de verdades relativas. No creamos que el materialismo dialéctico acepta un relativismo subjetivista o, si se quiere, un pragmatismo a lo William James. Podríamos decir que el vaso de vodka del señor Ruskikov es una verdad absoluta, “una verdad que ni en el presente, ni en el futuro puede ser refutada”, una verdad definitiva, eterna. Ahora bien,

desde el punto de vista del marxismo, los límites de aproximación de nuestros conocimientos a la verdad objetiva y absoluta están condicionados históricamente; la existencia de esta verdad misma, sin embargo, es incondicional, incondicional es que nosotros nos aproximamos a ella. Están históricamente condicionados los contornos de la imagen, pero es incondicional que este lenguaje refleje un modelo que existe objetivamente (De Vries, 1960, p. 47).

Observemos de paso la identificación en el materialismo dialéctico entre verdad objetiva – nosotros diríamos ontológica – y verdad absoluta, puntos que según nosotros hay que distinguir.

El vaso de vodka existe objetivamente. Ahora bien, el conocimiento que de él tenga el señor Ruskikov puede ser un conocimiento parcial. Máxime en el plano científico. El señor Ruskikov caminará hacia la verdad absoluta en el conocimiento técnico de su vaso de vodka, y este caminar está condicionado históricamente. Porque la verdad relativa no es más que un momento o un grado en el conocimiento de esta verdad absoluta.

Ahora bien, este relativismo del progresivo caminar hacia la verdad absoluta implica que las verdades relativas pueden ser modificadas, incluso tenidas después como erróneas. Con lo cual, se estaría construyendo una verdad absoluta con errores parciales.

Lenin resuelve este problema diciendo que este enganche, esta relación entre verdad absoluta y relativa sólo es posible dialécticamente. “En la teoría del conocimiento como en todos los otros dominios de la ciencia, hay que razonar dialécticamente, o sea, no suponer jamás nuestro conocimiento acabado e invariable, sino analizar el proceso gracias al cual el conocimiento nace de la ignorancia o gracias al cual el conocimiento incompleto e inexacto llega a ser más completo y más exacto” (Lenin, 1948, p. 105).

La diferencia entre subjetivismo (...) y dialéctica consiste entre otras cosas en que la dialéctica (objetiva) la diferencia – entre relativo y absoluto es también relativa. Para la dialéctica objetiva está también contenido en lo relativo lo absoluto. Para el subjetivismo y la sofística, lo relativo sólo es relativo y excluye lo absoluto (...) Este pensamiento está, sin duda, tomado de Hegel, para el cual lo relativo entra como momento en lo absoluto, por consiguiente no está en oposición absoluta respecto a él. Pero si la verdad relativa entra como momento en la verdad absoluta no puede ser como es obvio, un simple error. Quien llama error a la verdad relativa no definitiva, “habría cometido un error más craso” (De Vries, 1960, p. 49).

La praxis, criterio de verdad

Puede usted estar tranquilo, señor Ruskikov. Usted conoce su vaso de vodka. Demuéstrenos que su conocimiento es verdadero y su doctrina del conocimiento estará completa. Estamos todos anhelantes por saber cómo nos va usted a demostrar que su conocimiento del vaso de vodka es verdadero. ¡Ingenuos de nosotros! El buen señor Ruskikov, coge su vaso de vodka, lo bebe de un trago, y, satisfecho, nos mira como diciendo: “Ya está. He ahí mi demostración”.

La veracidad de un conocimiento se demuestra en la práctica. Como dice Engels (citado por Lenin, 1948, p. 106):

El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y la fuerza, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o la irrealidad de un pensamiento aislado de la práctica, es un problema meramente escolástico”, es decir, banal, de mera palabrería.

Para que no haya lugar a confusiones, señalemos la diferencia que existe entre esta praxis y el pragmatismo de William James, puesto que, aparentemente, parecen coincidir. En el materialismo dialéctico “el juicio verdadero es un instrumento de la acción y por eso útil (...) Por el contrario, en el pragmatismo la relación está invertida: el juicio no es útil, porque es verdadero sino, al contrario, es verdadero porque es útil” (Schaff citado por De Vries, 1960, p. 51). Es decir, que el criterio marxista hace de la praxis una comprobación de la verdad, como quien dice, su autenticación, no su razón de ser. De hecho, la verdad no consiste en la comprobación práctica. Y, para el pragmatismo, por el contrario, es verdad lo que es práctico. La oposición es clara.

Bien dice Joad (citado por McFadden, 1949, p. 87):

El ser humano es como un resorte enroscado, pronto a desenroscarse en forma de acción, apenas le toque un estímulo externo. En el punto inicial de su acción, el ser humano conoce o percibe el estímulo. Pero este conocimiento, como la libertad del resorte, es tan sólo incidental. Es verdadero destino de la actividad del ser humano no es conocer el estímulo, sino cambiarlo (...) El conocer no es un fin en sí mismo. No puede entenderse el conocimiento, ni se da sin referencia a la acción, cuyo objeto es cambiar lo que se conoce. Un gato no conoce simplemente al ratón. Un campesino no conoce simplemente el campo de mies.

El señor Ruskikov, añado yo, no conoce simplemente el vaso de vodka. “Su objetivo real no mira al conocimiento sino a la acción. El

‘conocer’ es tan sólo un incidente en la cadena de sucesos que termina en la acción” (Joad citado por McFadden, 1949, p. 87). Por eso, nuestro buen señor Ruskikov terminó bebiéndose su vaso de vodka, que, por cierto, le debió de saber magníficamente.

No vamos a negar el valor de la praxis como criterio de la verdad. De hecho, en nuestra vida ordinaria, es como el criterio casero para resolver las dudas sobre la naturaleza de las cosas y sobre los aspectos biológicos. Como dice el antiguo proverbio inglés: *The proof of the pudding is in the eating* (El pudding se prueba comiéndolo). Ahora bien, para este criterio de verdad se supone la existencia de un mundo espacio-temporal. “El espacio y el tiempo – enseña Engels a Dühring – “son las formas fundamentales de todo ser”. Pero, por otra parte, la cuestión fundamental sobre la realidad del mundo espacio-temporal se resuelve por el criterio de la praxis. Con lo cual se cierra un círculo vicioso. Y señalemos la falsedad que supone la consideración del tiempo y el espacio como las formas fundamentales del ser.

Además,

cuando se toma a la letra la prueba que el materialismo dialéctico da de la validez de su criterio la petición de principio es inequívoca. De que nuestra actividad consiga en el mundo externo los resultados deseados se concluye que nuestros sentidos reflejan exactamente la realidad. Pero, ¿de dónde sé que la actividad ha producido realmente el resultado deseado? De nuevo sólo por la percepción sensorial, cuya infalibilidad o fidelidad se trata precisamente de probar. Por consiguiente, se supone el fin de la demostración: petición de principio (De Vries, 1960, p. 80).

En fin, a todas luces aparece la insuficiencia de la praxis como criterio único de verdad. No negamos su utilidad. Negamos que sea el único criterio de verdad y suficiente por sí mismo. Y si no podemos impedir la satisfacción del señor Ruskikov después de haberse bebido su vaso de vodka, le habremos quitado el placer superior de mostrarnos la veracidad de su planteamiento filosófico.

Conclusión

Pero el tiempo pasa y creo haber cumplido ya la misión que se me confió. Con la ayuda del señor Ruskikov hemos visto a grandes pasos la teoría del conocimiento del materialismo dialéctico. Resumiendo esquemáticamente.

1. Existen las realidades independientes de nuestro conocimiento. Ahora bien, mientras estas realidades para el materialista dialéctico se reducen a la materia, para el escolástico abarcan también el campo espiritual, irreductible a la materia.

2. El acto de conocer, para el materialista, está dado en la sensación, “imagen especular de la realidad”. Para nosotros, consiste en la captación de una quiddidad, que está lejos de ser una imagen especular, un algo sensible, y en la afirmación del acto de ser en esa quiddidad – como se ha visto en las tesis defendidas hoy.
3. La verdad es la conformidad del pensamiento con el objeto conocido. Y
4. El materialismo sólo admite la praxis como criterio de verdad, en nuestra opinión, criterio insuficiente.

No pretendemos haber hecho un trabajo exhaustivo. No era posible. De hecho, el señor Ruskikov se bebió su vaso de vodka en medio minuto. Nosotros sólo hemos contado con media hora escasa para dar una visión de conjunto de una teoría algo compleja.

Ha sido el ansia de comprensión, de ver desde al punto de vista ajeno lo que nos ha guiado en este trabajo. Sólo la mutua comprensión puede traernos la unión, el acceso a la verdad. La lucha, para que valga, se ha de fundamentar en el amor al rival, amor que es esencialmente comprensión. Y para ello, hemos de reposarnos. Déjenme, para terminar, que traiga las palabras de aquella niña judía de quince años, Ana Frank, que en su aislamiento de Amsterdam escribió una de las obras más palpitantes de emoción humana de todos los tiempos. El mundo necesita reposarse, necesita ponerse “en comunión con el cielo, la naturaleza y Dios. Solamente entonces se siente que todo está bien así y que Dios quiere ver a los hombre dichosos en la naturaleza simple pero bella” (Frank, 1958, p. 10).

Referencias

- De Vries, J. (1960). *La teoría del conocimiento del materialismo dialéctico*. Bilbao: Ed. El Mensajero del Corazón de Jesús.
- Engels, F. (1934). *Ludwig Feuerbach and the outcome of classical German philosophy*. New York: International Publishers.
- Konstantinov, F. V. (1962). *Los fundamentos de la filosofía marxista*. México, D.F.: Ed. Grijalbo.
- Lenin, V. I. (1948). *Materialismo y empiriocriticismo*. Moscú: Ediciones en Lenguas Extranjeras.
- Lotz, J. B. (1962). *Ontología*. Barcelona: Herder.
- McFadden, C. J. (1949). *La filosofía del comunismo*. Valladolid: Editorial Sever-Cuesta.
- Frank, A. (1958). *Diario de Ana Frank*. Buenos Aires: Hemisferio.